

Sobre Santiago Gil. Federico J. Silva

domingo, 06 de mayo de 2007

Modificado el domingo, 17 de febrero de 2008

La alargada sombra

de Santiago Gil Por Federico J. Silva De haber leído Un hombre solo y sin sombra y otros relatos (Las Palmas de Gran Canaria, Anroart Ediciones, 2007) sin conocer el nombre de su autor habría adivinado que se trataba de un conjunto narrativo, más unitario de lo que parece, creado por este escritor compulsivo que es Santiago Gil. Digo ello porque después de seis libros publicados no son extraños a nosotros la recurrencia de un conjunto de estilemas o marcas de estilo y lo que llamaremos sus preocupaciones éticas, que en un sugerente maridaje crean su sombra literaria.

EI

protagonista de Un hombre solo y sin sombra se llama Gilberto Cifuentes. Advertimos inicialmente, sin más disquisiciones, ya que la narrativa es género de ficción, la semejanza del nombre con el apellido de autor, pero no es difícil suponer que ello no sea casual.

A

Gilberto todo se le iba en cumplir sus horarios, en vivir como un automática, y tragarse el más cutre que había en la tele, hasta que un día observó la desaparición o lo que cree el robo de su sombra, un compendio mitad fisiológico, mitad espiritual, que era lo que en el fondo Gilberto solía identificar con la perdida del alma y en cierta medida con la muerte. Desde entonces casi no vive para otra cosa que para buscar su reflejo, que para el narrador omnisciente es la locura rastreadora en busca de sí mismo, porque los que no tienen sombra saben que nunca van a ser felices, sentencia la tercera persona narrativa.

Esta

condición de ser edificado, sin sombra, no es algo novedoso en la producción narrativa de Santiago Gil. No sería muy arriesgado afirmar que es una constante en sus personajes, antes siempre infelices, insatisfechos, aunque en distinto grado, en busca de un mundo distinto a éste y que no es el único posible. Por ejemplo, ¿rechazaría Gil pues que afirmemos que el profesor de Literatura jubilado de Por si amanece y no me encuentras (2005) es también un individuo sin sombra y sin alma?

Ello

confiere un carácter unitario a todo el libro, tanto a la novela corta como a los siete relatos que la acompañan. Si Gilberto no tiene sombra, no la tienen su padre, Octavio Cifuentes, atrapado en la dipsomanía, que recorrió a Vegueta de arriba abajo rastreándose así mismo en cada calle, ni la cocinera Petra Rodríguez, víctima de la violencia machista. Tampoco tienen sombra los negros y los borrachos que dormían en los alrededores de la Playa de Las Canteras, o en el relato El Paraíso de Biri Biri, el negro muerto en la isla de Lobos, aterido de frío y de miedo incluso después de la muerte. Lo mismo podría decirse de Fausto, protagonista de un relato homónimo, (día tras día todo seguirá más o menos igual en medio de la estulticia y el extrarradio, en el límite mismo de la frustración y de la derrota. Tal vez por eso cada vez pensaba más en la muerte); de Luisa, La mujer de Agustín, de María Magdalena, la prostituta mexicana, o del enfermo de cáncer de Chacho.

Además

en todos ellos confluye la quiebra del mito paradisíaco impuesto socialmente. Gilberto se construye un paraíso a su medida, en la que no faltaba una madre cómplice, fallecida, pero parlante en un desdoblamiento narrativo dialéctico, con la que se atiborraba a reality shows, a talks shows, a videos shows, ocho o nueve culebrones, concursos horteras y programas sensacionalistas. Toda su realidad era virtual, pasada por el filtro de la pantalla. Encadenando lo trágico y lo cutre, lo hortera y lo sublime, la política y el deporte, la

canci3n del verano y Vivaldi. A Biri Biri, que lleg3 a las mismas puertas del para-so, le escribe desde el centro mismo del Edn otra v-ctima del sueo ednico: yndote despacito en medio de silenciosos peces que a3n guardan tu memoria; notaste c3mo te ibas y c3mo lleg3 un momento en que el grito se convirti3 en burbujas y en ahogo, te vinieron todos los recuerdos de tu vida a la cabeza, y s3lo ve-as el fondo coraliano y los grandes peces que asist-an alucinados a tu muerte, que cito extensamente por su belleza.

Un Fausto de vida insulsa rememora el para-so de hac-a s3lo un par de d-cadas, mostrando su pesar porque aquel Caribe luminoso casi en la misma orilla de Africa estuviera siendo arrasado de manera tan insensible y vergonzante. Luisa, la mujer de Agust-n, tras casarse con un patin, no entenda c3mo diablos pod-a estar al lado de una inmundicia humana justo en el centro del para-so. Mar-a Magdalena se dej3 morir en Par-s cuando perdi3 sentido su sueo de recorrer Europa como una reina. Y el dueo de Chacho, lamentaba el maldito esp-ritu ahorrador y maldito afin por acumular propiedades que no le serv-an ahora, en su situaci3n terminal, para asegurar una vida confortable para el nico ser que le importaba en la vida.

La f3bula id-lica se disuelve ante la intervenci3n de un narrador implacable con Gilberto Cifuentes. Aunque lo define como pobre hombre, no escatima calificativos m3s severos: Se ha vuelto un cabr3n y un grosero desaliado y sucio, y un cerdo, llegando a cuestionar el hecho de la supuesta sombra desaparecida, que lo mantiene en un estado de imbecilidad habitual.

De la misma manera, el autor no nos escamotea los aspectos menos agradables de la realidad. El alcoholismo de Octavio Cifuentes, los sufrimientos de Petra Rodr-guez, que tuvo que aguantar la mala vida que le dio un marido abus3n que no hac-a m3s que levantarle la mano y humillarla a todas horas, la falta de solidaridad con los inmigrantes: Sobre las cinco de la maana estaba paseando entre los cuerpos tirados como fardos en los alrededores del parque de Santa Catalina. Cientos de negros dorm-an en los bancos, en la hierba de los jardines, en los portales de los edificios o acurrucados sobre la misma acera.

Por ltimo, las manifestaciones racistas de dos personajes. Pablo Ermita, el creador de una emisora de radio pirata que desde las ondas ilegales vocifera sus trasnochados alegatos, y la gur3 de Fausto. El locutor de Un hombre solo y sin sombra defiende que la culpa de que no haya parn para todos la tienen esos inmigrantes ilegales que nos est3n robando los puestos de trabajo y se est3n llevando lo que ganan para sus pa-ses, se que es el peligro de este pa-s, y si no hacemos algo pronto van a acabar con nosotros y nos van a llevar a la ruina. Por su parte, la que fuera novia de Fausto dec-a que hab-a que correrlos a palos y sacarlos de la isla por donde mismo hab-an llegado. Quer-a arrojarlos al mar de nuevo, s3lo que esta vez sin pateras, para que sepan lo dura que es la vida en estas nsulas que antes eran un para-so, s3-, se-or, un para-so en el que exist-a el respeto y uno pod-a dejar las puertas abiertas sin temor a que nadie entrara en su casa a robar o a violar a sus hijas, pero ahora no, ahora con todos esos negros y con los mariguanados, a los que tambi3n hay que echar a la marea. En fin, planteamientos muy veros-miles pues de cuando en cuando se escuchan en estas islas.

En otra ocasi3n anterior escrib- que el aspecto metaliterario era un elemento conformador del universo ficcional de Santiago Gil. Y as- es, este autor practica la escritura intertextual de manera natural, sin ostentaci3n, como en un movimiento respiratorio no premeditado, y la usa como un pigmento m3s de su paleta creativa. As-, el protagonista de Un hombre solo y sin sombra,

le a bastantes libros, tanto poes a como novela, y tuvo intenciones literarias. Por la casa todav a deben andar un par de carpetas llenas de poemas de toscos versos recurrentes junto con alg n boceto de novela o relato corto.

Asimismo, entre los personajes secundarios de la novela se encuentran Jacinto Revuelta (Era un intelectual, y adem s ltimamente tambi n un poeta), Basilio Caballero (Era un poeta incomprendido. Vend a sus versos por la calle y por los bares, y con lo que se sacaba se agarraba unas melopeas descomunales), Cecilio Amaral (poeta amanerado y franquista cargado de resentimientos y de complejos), y por ltimo, Erasmo Perel tegui (Viv a en el manicomio de Tafira y escrib a unos versos raros que sin embargo le segu an publicando en la Pen nsula, y adem s sal a en las revistas y en los peridicos nacionales como un genio maldito e incomprendido).

Adem s, no pasan desapercibidos la argentina con ojos tristes, como una mezcla perfecta entre la Maga de Cort zar y Alejandra Pizarnik, presente en el Piano Bar, y la referencia a Gregorio Samsa y La metamorfosis de Franz Kafka.

Igualmente, en el relato No te recuerda, una mujer intenta recuperar los aos maravillosos vividos junto a una abuela ahora sin habla evocando cuando aqu ella nombraba refranes o citas de poetas que hablaban de esa fugacidad de la vida y de lo que significaba la infancia, casi siempre era Rilke, o los paseos conjuntos recorriendo barrios enteros en los que t situabas las novelas de Gald s y de P o Baroja, o las referencias literarias de tus amigos Csar Gonz lez-Ruano y Camilo Jos Cela. Por ltimo, no es desdeable en esta enumeraci n el relato El asesino de poetas que entiende su higi nica actividad, llam mosla as -, como sacrificio necesario al servicio de los hombres y de la literatura, y que recuerda al delirante caf de Malasa a de Los aos bald os.

Esta omnipresencia del elemento metaliterario tiene su origen en la fe casi ciega que tienen algunos de los personajes y el propio Santiago Gil en la palabra. A gueda, la asistente social de Un hombre solo y sin sombra, cre a mucho en la palabra, en la supuesta fuerza redentora del di logo y la comunicaci n, y por eso, aun habiendo acabado su jornada laboral, estaba durante horas hablando con Gilberto de los temas m s variopintos. En No te recuerda dice la nieta: Porque t te has empeado en encerrarte en tus silencios, aunque yo s bien que me est s entendiendo perfectamente, por eso te hablo, para no dejarte morir. Y m s adelante: Seguiremos habl ndote, sobre todo habl ndote, m s que nada habl ndote, porque solo la palabra puede vencer al olvido, y yo s que t me oyes, y que me entiendes, y que sabes perfectamente lo que te estoy diciendo.

Afortunadamente, Santiago Gil, seis libros despu s, sigue apostando por la literatura, por la palabra bien dicha, por la historia bien contada, por la dignidad y un mundo mejor. Anroart Ediciones sigue demostrando que es posible mantener una producci n editorial desde Canarias abierta al mundo. Celebr moslo. Federico J. Silva